

Jorge Waxemberg

**LA RENUNCIA
Y EL
SENTIDO DE LA EXISTENCIA**

Indice

Introducción	3
La necesidad de sentido	6
Las respuestas contingentes	20
La renuncia y el sentido de la existencia	31

Introducción

Este trabajo está dirigido a personas para las cuales el tema del sentido de la vida tiene singular importancia. Se desarrolla como una discusión cuyo origen no es solo intelectual sino está animada por la necesidad vital de obtener una respuesta a la pregunta ¿qué sentido tiene la vida?

Cuando formulamos esta pregunta no la hacemos al pasado, a las doctrinas filosóficas, a las religiosas o a los libros; preguntamos al ser que vive esta vida y que, por eso mismo, *debería* tener una respuesta.

Hacernos esa pregunta sacude nuestra estructura interna, en la que hemos logrado desarrollar valores que nos defienden del sinsentido, del absurdo, de la sinrazón de vivir. Hemos erigido ese andamiaje con grandes trabajos usando los materiales preparados por generaciones anteriores; lo hemos levantado con las leyes no dichas de nuestra época y lo hemos revestido con las teorías de moda. Para muchos de nosotros eso es vivir, y está bien.

Pero, ¿está bien? ¿Qué sentido tiene la vida?

El golpe se siente. Entonces es fácil caer en el engaño de introducir otros temas, desviar la pregunta hacia terreno conocido, apelar a los moldes clásicos, al sabor amargo de las palabras de significado oscuro y frases enigmáticas, a las abstracciones teóricas; es fácil sacar a la vista el empolvado bagaje de las bibliotecas leídas, descolgar los títulos adquiridos.

Pero la pregunta queda. Vive. Se escapa de nuestros pensamientos y entra en nuestra carne, en nuestros huesos.

¿Hay una vocación de sentido? ¿Es posible no escapar de la única realidad cierta, nuestra ignorancia fundamental? ¿Es posible que esa búsqueda no se transforme en desesperación, destruya nuestro equilibrio, enturbie la simple alegría de vivir?

¿Qué sucede cuando la necesidad de sentido se siente como vocación? Todo cambia: la realidad informa de manera distinta; los acontecimientos tienen otro lenguaje, dicen diferente. Uno es diferente. Caen las cáscaras de lo establecido, lo convencional. Se hace ya imposible la respuesta rápida, la explicación fácil, el camino trillado. Todo adquiere relieve y profundidad; el tiempo se hace intenso, vital. Exteriormente nada cambia, pero cambia uno en la raíz de su conciencia de ser.

Entonces uno se pregunta si, en vez de una nueva explicación, lo verdaderamente importante es la pregunta como polo que no se equilibra con respuestas puramente teóricas, con soluciones-huida. Porque preguntar substancialmente no es cuestionar la vida misma; es un modo de vivir, una actitud frente a la vida que siempre conduce hacia la profundidad en la búsqueda, la sinceridad en los valores y la honestidad en nuestras respuestas vitales.

No es fácil reducir el hilo del pensamiento a palabras simples y razonamientos fáciles, evidentes por sí mismos. Menos fácil aún es no caer en la trampa de la abstracción y la irrealidad, enredarse con una visión subjetiva y parcial, engañarse con la aparente certidumbre del razonamiento puro, correcto como desarrollo, pero irreal como evidencia. Pero es una aventura fascinante, en la que descubrimos que la libertad es un término que trasciende los conceptos restringidos en los que acostumbramos a encerrar las libertades humanas. La libertad, más que una capacidad de obrar, pensar o sentir sin trabas, *se hace nuestro punto de partida*, luego del cual redescubrimos la realidad. Porque nos permite desembarazarnos del instinto de autodefensa y justificación y ser capaces de preguntar continuamente, hasta sus últimas consecuencias: ¿Qué sentido tiene *mi* vida?

J. W.

Agosto de 2011

La necesidad de sentido

El problema de la existencia es una cuestión que va más allá de la curiosidad intelectual. Estamos viviendo momentos muy difíciles; no es fácil vivir, incluso para quienes tienen todo lo que necesitan: alimentos, casa, asistencia y personas que les dan afecto.

Nuestra época es maravillosa; hemos alcanzado niveles insospechados de conocimiento y tecnificación y, sin embargo, eso no significa para nosotros una liberación. Vivimos defendiéndonos del medio, de otras personas semejantes a nosotros y que luchan para subsistir igual que nosotros; vivimos defendiendo las ideas que nos costó tanto adquirir, los bienes que no sabemos si podremos retener; vivimos justificándonos no sólo ante los demás, sino ante nosotros mismos de por qué pensamos como pensamos, por qué sentimos como sentimos, por qué somos así.

Es posible que muchos de nosotros vivamos con cierta felicidad y no suframos graves necesidades ni problemas insolubles; sin embargo participamos de la angustia propia de la época actual. No podemos aislarnos de la sociedad que nos circunda, ignorar los problemas que agitan al mundo, circunscribir nuestra vida, aislarla. Nuestra vida es, cada vez más, parte de un todo que nos envuelve, presiona y exige; integra un organismo cuya naturaleza no alcanzamos a comprender. Pero si bien los conflictos actuales son múltiples y diversos, todos conducen hacia un mismo punto, hacia una pregunta que pocas veces nos atrevemos a enunciar. Y cuando la formulamos aparecemos como raros, inadaptados; si insistimos en preguntar se hace un vacío a nuestro alrededor y los amigos ya no encuentran placer en acompañarnos.

Simplemente: ¿tiene sentido la vida? ¿Cuál es el sentido de la realidad? Ya no nos interesa saber sólo qué sucede, sino para qué sucede.

Cuando no consideramos este problema, preguntar es un juego mental que nos seduce. Todo puede ser cuestionado y cada incógnita develada aparece un adelanto en el conocimiento. Toda pregunta es posible y hallará al final una respuesta. Pero plantear el problema del sentido es diferente, es como atreverse a considerar un tema prohibido. Si así no fuera ¿por qué no se toca corrientemente? Como ocurre con los problemas fundamentales, no es tópico común de conversación ni literatura de éxito fácil.

Quizá muchos de nosotros no nos hacemos esta pregunta; sin embargo no podemos vivir ausentes de ella. Por eso, a continuación intentaremos abordar la pregunta del sentido de la existencia.

No es fácil pensar libremente; por lo tanto es necesario bajar la guardia, dejar de defendernos, de justificar nuestras posturas y nuestras opiniones. Olvidemos por un momento lo que somos, lo que quisimos, lo que perseguimos, para que esa sinceridad para con nosotros mismos nos dé una mejor comprensión de lo que somos y de lo que realmente ansiamos.

Cada pueblo en su época dio sus respuestas particulares al tema de la vida, ya sean explícitas en ideas filosóficas o en doctrinas religiosas, o bien implícitas en los valores sobre los que asentó sus logros y vivió su historia. Sin embargo, no todos los filósofos han hecho clara y explícita la pregunta sobre el sentido de la existencia, y las respuestas suelen ser tan largas o intrincadas que al fin se hace difícil entender bien qué nos han querido decir.

¿Tiene objeto, entonces, que nos planteemos esta cuestión? ¿No podemos, acaso, vivir sin considerar esta pregunta? Es posible, y de hecho vivimos. Pero esto no invalida la pregunta sino la hace más viva y profunda. Aunque no vayamos al encuentro de esa incógnita, el interrogante somos nosotros mismos.

Para algunos de nosotros, al menos, esa falta de respuestas últimas que den no sólo sentido actual a la existencia sino también al sufrimiento humano, se traduce en una necesidad vital de sentido, tanto más imperiosa cuanto más absurda se vuelve la realidad que nos circunda. Uno se pregunta cómo es posible que gastemos las horas en divagaciones y comentarios intrascendentes y que no enfrentemos directamente esta pregunta tan simple: ¿qué sentido tiene la vida?

Cuando niños quizá nunca nos preguntamos el para qué de nuestra vida, porque era tácito que nuestra familia, nuestros padres, sus amigos, la sociedad en la que nos desenvolvimos, conocían el objeto de la existencia y tenían seguridad acerca de la meta para la cual nos estaban condicionando. Cuando nos invitaban a hacer un viaje suponíamos que era para ir hacia alguna parte; por lo mismo, *supusimos* que la vida para la que éramos preparados tenía un sentido claro y objetivo. Pero llegó el momento en el que, independientemente de ese supuesto, nos preguntamos nosotros mismos, cuestionamos el sentido de la vida *en nosotros*. Sin embargo, no declaramos

esa pregunta; no siempre nos atrevemos a preguntar sobre el sentido de la vida a quienes nos rodean. ¿No sería, en muchos casos, ponerlos en la obligación de reconocer un fracaso, una ceguera en todo lo que han vivido, e inclusive obligarnos a aceptar que lo que hemos hecho hasta ahora no tiene un sentido final real y definitivo?

Los objetivos que hoy perseguimos como sociedad dan por supuesto que tenemos claro el sentido la vida –por supuesto, de acuerdo a nuestro modo de pensar–. No obstante, en la práctica, esos objetivos están en abierto conflicto con los postulados básicos de nuestros conceptos espirituales o religiosos, y son asimismo contrarios a nuestras declaraciones éticas.

Esta contradicción nos mueve a preguntar sobre el sentido, porque expresa el interrogante subyacente en nuestro ser, un interrogante que no verbalizamos y que, sin embargo, vivimos como nuestra más íntima realidad.

Cuando nuestra vida está distorsionada y dividida en múltiples facetas que dicen cada una su verdad y éstas no concuerdan o se oponen entre sí, es más difícil aún saber qué es lo que estamos buscando. Por eso, porque también somos conscientes de la contradicción que existe en nosotros mismos frente a lo que decimos que buscamos en relación a lo que realmente estamos queriendo, cuando ahora preguntamos sobre el sentido ya no nos importa tanto justificar ante los demás nuestra existencia, sino justificarla ante nosotros mismos. Aún más, la necesidad fundamental que hoy sentimos es la de justificarnos *nosotros* ante nosotros mismos. No se trata ya de justificar lo que hacemos o intentamos realizar, sino de *justificar nuestra existencia*.

El ritmo acelerado del cambio de nuestro presente no nos deja otra alternativa. Cuando tenemos conciencia de un cambio éste ya es historia; mientras tentamos avizorar el futuro sabemos que es prácticamente imposible informarnos de lo que está sucediendo. El ritmo se acelera cada vez más y nos sentimos marginados de nuestra propia historia. El esfuerzo por dinamizarnos nos somete a tensiones nuevas. Somos los artífices del cambio y sin embargo ignoramos qué estamos haciendo y para qué.

En otros tiempos, unos pocos seres –Julio César, Leonardo–, resumían una época; pero actualmente cada uno de nosotros siente que modela su presente, que puede variar en alguna medida el sendero de la historia. Y por eso también nos sentimos con derecho de quitar al filósofo el privilegio de preguntar a la vida su sentido.

Vivimos una realidad que no conocemos. Ya no nos preguntamos qué va a suceder, sino qué está pasando. Esta angustia existencial nos exige, nos presiona. No estábamos habituados. El mundo de nuestros abuelos era lineal. Todo era previsible; ya no. Entonces, un interrogante que pertenecía al filósofo, al libro encuadernado, hoy es planteado por el vecino, por el ciudadano de la calle. Porque actualmente es el problema de todos, tanto más real cuanto más prendidos estamos al vórtice de nuestro tiempo.

Todo se modela al choque con lo nuevo, con lo inesperado. Las noticias son importantes: hay que informarse, estar pendientes de los medios de comunicación; hay que estar al tanto, al minuto; no perderse nada. ¿Qué pasó? ¿Qué va a suceder? ¿Cuál es el diagnóstico y cuál el pronóstico? Cada instante trae no solamente algo nuevo, sino una incógnita: ¿qué viene luego? Y ese elemento, lo nuevo, lo que se anticipa, ejerce una presión dinamizante. Sentimos la *necesidad* de informarnos y cada noticia, cada cambio, es hoy motivo de inquietud, incertidumbre y angustia.

Y sin embargo no preguntamos. No hacemos *la pregunta* a pesar de estar presionados por todos los costados. Porque hace falta valor, hace falta estar dispuesto a muchas cosas. Cada uno tiene sus ideales, sus objetivos, el círculo de las personas que aprecia. “¿Para qué meterse en líos, no?” Pero lo que sucede es que *cada vez podemos menos no meternos en el lío*, en ese lío de preguntar sin tener la certidumbre de obtener una respuesta.

Primero querríamos sentirnos seguros, contar con una base que pueda resistir el embate de esa pregunta. Si estuviéramos seguros *antes* de preguntar podríamos animarnos a hacerlo; si no, sería de mal gusto, incómodo; nos crearía una situación difícil en la que correríamos el riesgo de no saber cómo salir.

Si puedo aceptar una respuesta ya hecha no necesito preguntar; no hay más problema. Si pudiera desempolvar alguna teoría que satisficiera mi inquietud intelectual y darme un consuelo en mis sufrimientos, sería tan agradable! Habría eliminado ese nudo de angustia que es *no saber*. Acepto entonces respuestas extrañas a mí, pero que sirven como pantalla para tapar la realidad, dibujando sobre ella sistemas y estructuras, explicaciones que no explican, pero que hacen más cómoda la existencia porque no me exigen ni provocan. Elijo el molde común. Si respondo sin antes preguntar, ¿qué objeto tiene preguntar luego?

No obstante, aunque no nos preguntemos por el sentido, aunque éste no sea el tema de conversación corriente, aunque no busquemos a nuestros amigos para decirles: ¿encontraste un sentido a tu vida?, sentimos la necesidad de justificarnos vitalmente.

Hoy se abren nuevos caminos para la humanidad. El mundo del conocimiento y la tecnología desplaza la frontera de las posibilidades humanas cada día más. Se diversifican los campos de estudio, los oficios, las áreas de investigación, los ámbitos en los que podemos desplegar nuestra creatividad; incluso hemos desplazado nuestra frontera cósmica al explorar, aunque sea incipientemente, el espacio exterior. Sin embargo, ¿no tendríamos que conocer o al menos investigar nuestro espacio interior —el que ha quedado totalmente olvidado mientras nos afanamos en trabajar fuera de nosotros— para lograr un equilibrio, una conciencia total, para no continuar haciendo de nuestro adelanto material una triste cáscara humana, vacía de sentido?

Todo cambio, toda nueva posibilidad es otro motivo de incertidumbre y temor. Estamos ante un panorama que no conocemos, y frente a lo desconocido nace el miedo. No estamos seguros porque nos sentimos al borde de algo, a punto de saltar en un vacío que no sabemos si conduce a alguna parte.

Tenemos vértigo ante lo que ignoramos y también por la nueva intensidad del ritmo al que estamos sometidos. Cuanto más sabemos mayor es el horizonte y el desafío de lo no conocido, que no es otro mundo: es *el* mundo.

Cuando el desarrollo histórico era lento y lineal nos resultaba mucho más sencillo contemplar todo el escenario. Contábamos con lo que podíamos saber; lo que no podíamos comprender, simplemente “*era así*”. Todo el panorama nos era conocido, porque sentíamos que sabíamos o porque aceptábamos los postulados indemostrables que explicaban, sin explicar, al ser, al mundo y su destino. Todo era estable, definitivo; nada se podía tocar o mover del lugar asignado. Hacerlo era buscar un martirio. La vida de las personas, su historia y su porvenir, era la obra ya escrita que se desarrollaba en este escenario de límites bien claros y definidos. Cambiar el escenario, correr sus límites, encender otras luces, era malograr la obra y perder el sentido —ya establecido y seguro— de la realidad. Cada uno ocupaba su lugar y conocía su libreto.

Ahora ya no somos dueños de los acontecimientos, ya no podemos acomodar la realidad a nuestros deseos y menos aún controlar el ritmo del cambio

que supera nuestros esquemas y definiciones. El escenario que nos servía de marco y determinaba la estabilidad de nuestros valores ha desaparecido; ya no conocemos ni nuestro papel ni la obra que representamos. Quizá nos neguemos a ver el fondo del problema y afirmemos estar conformes con el libreto que recitamos, pero, ¿podemos evitar el sufrimiento que implica ignorar a sabiendas lo que necesitamos saber? Esa angustia existencial es nuestro modo de preguntar.

Mis temores, mi inseguridad, mis dudas respecto de los puntos de apoyo que siempre he creído ciertos y definitivos *hacen de mí mismo la pregunta explícita*, aquélla que no se puede expresar a viva voz: ¿qué sentido tiene todo esto; qué sentido tiene la vida?

¿Qué sentido tiene la vida? Esta pregunta ya tan gastada tiene hoy para cada uno de nosotros un significado profundo y vital. No surge de una curiosidad intelectual, no es una crítica a sistemas y teorías. Tampoco es un rechazo a la vida por sus dolores. Surge en nosotros como una nueva necesidad de comprender, de saber qué somos, qué queremos y qué hacemos de la vida en este momento. ¿Por qué lo hacemos? ¿Para qué lo hacemos? Uno ya no se conforma con las respuestas que se compran en las corrientes ideológicas de moda; necesita una respuesta.

¿No estaremos creando un problema que no existe? ¿Qué seguridad tenemos de no estar intelectualizando la realidad al formular una pregunta que nadie hace? Si no fuera así, ¿por qué no es ése el tema de nuestro pensamiento habitual, de nuestros estudios y conversaciones? ¿Cómo puede tener actualidad un tópico que a nadie preocupa en forma expresa? Millones de palabras escritas y mayor número de palabras dichas nos saturan y aturden con análisis superficiales, noticias triviales y estímulos instintivos. ¿Quién grita hoy esta pregunta simple, fundamental, como expresión de su necesidad vital de sentido y no como declaración de un intelectualismo que está de moda porque no está comprometido con la vida?

Es que hoy vivir ya no es vivir, simplemente. Vivir es vivir una angustia. No nos referimos a la angustia y el sufrimiento producido por la falta de satisfacción de las necesidades vitales, sino a la originada por un cambio en nuestra conciencia. La persona que tiene sus necesidades cubiertas, que come y duerme, que tiene salud, también vive una angustia.

Hay hambre, miseria, ignorancia; se nos muestran todos los estados posibles de degradación. Buscamos soluciones y no las encontramos. Decimos: “No es posible que la gente viva y sufra de esta manera; hay que resolver estos problemas”. Es cierto; hay que solucionar los problemas materiales. Pero nosotros, que tenemos tiempo y posibilidades para leer ensayos y asistir a conferencias, para divagar contemplando las necesidades humanas, reducimos nuestro mundo a un círculo donde esos problemas no existen o están disimulados. En el ámbito en el que nos desenvolvemos, las personas con las que trabajamos y convivimos pueden estar bien alimentadas, haber tenido instrucción, saber expresarse y pensar. Sin embargo, para la mayoría de ellas, como también para nosotros, los problemas personales desplazan subjetivamente todos los otros problemas humanos.

Nuestro mundo es muy pequeño. Una persona sana, joven, equilibrada, plantea sus conflictos con tal intensidad como si todos los otros sufrimientos humanos no tuvieran importancia frente al suyo. Como si el hambre, la miseria, la enfermedad, la ignorancia, fueran una abstracción intelectual. Entonces nos preguntamos qué problema puede tener: no está hambrienta ni desnuda, ni enferma; no está amenazada, “está bien”. Cuando tenemos un problema personal que se nos aparece como fundamental todo lo demás pierde importancia para nosotros. No nos damos cuenta de que nuestra manera de ver lo que nos sucede saca de contexto aquello que nos está ocurriendo. Nuestra desesperación por los problemas inmediatos que acaparan nuestra atención está alimentada por la angustia de no saber cuál es el sentido de nuestro sufrimiento. Porque la conciencia de no saberlo no sólo es más fuerte que la ilusión de creer que vivimos con sentido mientras sólo nos atendemos a nosotros mismos, sino que además hace que esa ilusión esté cada vez más desconectada de la realidad.

Como humanidad y como individuos tenemos que solucionar los problemas del mundo, pero para poderlo hacer tendríamos que contemplarlos todos. El problema del sentido expresa la necesidad de extender nuestro campo de conciencia, de saber que fuera de mí existe otro; que el mundo es más grande que mi mundo y que la sociedad no está sólo para que me informe de ella a través de los amigos, los periódicos, los libros, la televisión. Mi conciencia de la realidad ha de ser total y la necesidad de sentido no es el menos importante de los problemas humanos. Si encaramos los problemas materiales de la humanidad desde un ángulo que incluya la necesidad de conciencia, es

probable que ese enfoque nos permita hallar soluciones que hoy no alcanzamos a entrever.

Estamos acostumbrados a dividir la realidad: problemas materiales y necesidades espirituales, comida y desenvolvimiento interior, nuestro problema personal y los problemas de otros. No alcanzamos aún una visión integral de la realidad, de la sociedad, de sus necesidades, ni de nosotros mismos.

Podemos tener a nuestro alcance el alimento, la educación y la asistencia que necesitamos; podemos trabajar y desenvolver nuestras posibilidades. Y aún nos espera, inmutable, la pregunta que sacude los cimientos de nuestra seguridad y nos coloca frente a nuestro problema fundamental.

La vocación de *ser* trasciende la necesidad de *hacer*.

La lucha para obtener condiciones que nos permitan vivir y desenvolvernos oculta o desplaza nuestra necesidad de respuestas últimas; pero al mismo tiempo que luchamos para subsistir comprobamos que esa necesidad nos es inherente porque persiste siempre en nosotros, con una intensidad relacionada directamente con el desenvolvimiento espiritual que hayamos logrado.

Es corriente considerar que no tiene objeto hacer preguntas que no están a nuestro alcance actual responder; que hasta que no se solucionen los problemas materiales de la humanidad son vanas las disquisiciones sobre el sentido de la existencia; que una vez que desaparezcan los conflictos exteriores terminarán las angustias, inclusive la necesidad de sentido. Pero los problemas no se ordenan cronológicamente; no se tiene primero una necesidad material y luego otra intelectual o espiritual.

Es evidente que la necesidad de sentido no surge después de haber comido; nuestros problemas no desaparecen al cobrar sueldos u honorarios. La búsqueda del sentido de la existencia no nos hace olvidar los otros problemas humanos, pero sólo podemos ubicar correctamente estos problemas a la luz de una actitud integral que contemple tanto las necesidades como las posibilidades humanas. Y la búsqueda de respuestas a preguntas que nos trascienden es la que da sentido a nuestro desarrollo, y no a la inversa.

Limitarnos a vivir al nivel de la subsistencia no nos satisface, no nos da plenitud. Comer, descansar, trabajar, recrearnos, desarrollar algunas capacidades no significa que encontramos una respuesta. Porque vivir, sencillamente, es un interrogante en sí mismo. Incluso cuanto menos problemas tenemos en relación a la subsistencia más débiles son nuestros puntos de apoyo.

La lucha que supone enfrentar un problema material establece un objetivo; nos justifica en cierto sentido. Todo problema que enfrentemos es un desafío que nos define una meta, una acción y una realización. Ese esfuerzo por superar un conflicto determina valores que rigen nuestra conducta y establecen, para nosotros al menos, la medida del adelanto y el éxito que logramos. Y los problemas que superamos son suplantados luego por otros, que renuevan nuestros objetivos y nos mantienen en una lucha que nos hace sentir que vivimos con un sentido, que progresamos hacia una realización.

Pero gran número de las personas que tienen solucionados sus problemas económicos, de educación y desenvolvimiento, son con demasiada frecuencia los mejores clientes de los terapeutas, cuando no de ciertas corrientes de moda; porque vivir, simplemente, no es solución.

Si fuéramos “sensatos” probablemente no nos interrogaríamos acerca del sentido. ¿Para qué hacer preguntas que ahondan y ponen en evidencia nuestra angustia? ¿Acaso hallaron alguna solución quienes se lo preguntaron antes que nosotros? ¿No es tácito el acuerdo de que no hay respuesta a nuestro alcance? Pero este acuerdo no es solución alguna. “No hay respuesta” no es respuesta. Es así que uno siente temor; porque expresar la pregunta es poner al descubierto lo que no puede ser tocado, aflojar los cimientos sobre los que uno asienta sus valores y los objetivos de su existencia. Uno está tan seguro, tan firme sobre esas bases, que elude con todas sus fuerzas una pregunta que altera el equilibrio de lo establecido, lo convencional. Tiene miedo.

Uno hace preguntas recién cuando sus problemas no tienen salida, cuando sus bases han cedido y ya no tiene apoyos. Se siente tan desdichado que “al fin de cuentas, ¿qué sentido tiene todo?”. Pero en realidad uno no pregunta, uno reacciona; es nuestro modo habitual de justificar nuestra impotencia: “¿quién puede hacer evidente el sentido de la vida?”. Pero afirmar que uno no encuentra un sentido no es preguntar por el sentido. Simplemente, uno dice que no entiende. Y esta ignorancia le permite desarrollar teorías que dan razón a cualquier actitud ante la vida. Toda postura encuentra argumentos que la sostengan. No obstante, la perfección lógica de un razonamiento no da mayor validez a sus conclusiones. Una argumentación inobjetable puede muy bien fundarse sobre premisas parciales. Frente a la incógnita de la vida los razonamientos pierden validez.

No importa cuán sólido y seguro me muestre por fuera; sé que no tengo justificación interior honesta para mis actitudes y objetivos, y sé también que la personalidad fuerte y las opiniones seguras de quienes me rodean y aun de aquéllos que dirigen y orientan a otros suelen ser, con demasiada frecuencia, sólo cáscaras frágiles que encubren su ignorancia y debilidad.

Preguntar sobre el sentido es destruir de un golpe el andamiaje de lo convencional, mostrar la flaqueza de las estructuras, descubrir la naturaleza de las bases sobre las que se asientan los valores. Es herir a fondo toda nuestra postura ante la vida y ante los seres humanos, sus necesidades y sus problemas. Por eso no preguntamos; tememos quedarnos sin apoyo, desnudarnos ante nosotros mismos, vernos tal como somos, como individuos y como sociedad. Sería confesar las reglas del juego de vivir, ese juego que hemos hecho tragedia y desesperación pero que no nos atrevemos a cambiar ni tocar a fondo. Ya no nos interesa encontrar una respuesta; lo importante es *no preguntar*. Porque preguntar es sostenerse sobre los propios pies, caminar por sí mismo.

No aprendimos a ser libres; sólo aprendimos a discutir, a escribir canciones o poesías, a recitar slogans y, quizás en algunos casos, a matar y morir en nombre de una libertad que no sabemos bien en qué consiste. Pero si no tocamos nuestras bases vivimos sin saber sobre qué nos asentamos. Si éstas se mantienen firmes muestran su realidad; pero si no lo están es signo de que *debemos* preguntar.

¿Estamos en condiciones de hallar un sentido a la existencia? ¿Podemos saber qué papel jugamos en la realidad que nos tocó vivir? ¿Contamos acaso con otra alternativa que la de aceptar la vida como es y vivirla? Hoy tenemos derecho a formular todas las preguntas, menos las fundamentales, que sacuden toda la estructura: son tabú. Es de mal gusto confesar tabúes en esta civilización del conocimiento y la tecnología. Mas el tabú no está en la ciencia sino en nosotros, dentro de las reglas del juego. Analicemos al músico pero no la partitura.

Sin embargo hoy ya no podemos eludir este compromiso. La conciencia que cada uno tiene de no saber qué es y qué está realmente haciendo al vivir como lo hace, es un modo de preguntar que escapa al par pregunta-respuesta. Y quizá ahora sea para nosotros más importante preguntar solamente, porque supone una libertad que nos independiza de los moldes que fijan y determinan nuestras estructuras mentales.

Cuando uno hace una pregunta fundamental sale del molde, mientras que quien le responde puede hacerlo sin salir de él. Su contestación puede ser la respuesta automática, condicionada al sistema. No es su respuesta vital, es la respuesta de su estructura. Es por eso más importante, en este momento, ganar la libertad necesaria para hacer una pregunta fundamental que contar ya con una respuesta para satisfacerla.

¿Qué es “salir del molde”? Cuando tomamos conciencia de la incógnita de nuestra existencia y esa conciencia se traduce en un cambio en nuestras actitudes vitales, nos individualizamos y adquirimos una nueva visión de la vida y también una nueva dimensión interior.

¿Exigimos demasiado? ¿No es dulce sumergirnos en la inconciencia y la irresponsabilidad? “Vivo; lo que tengo alcanza para mí y los míos y aun para darme algunos gustos. ¿Para qué hacerme problemas con el sentido de la vida; de qué sirve?” Pero si considero que indagar en la vida es hacerme problemas, significa que tengo conciencia de que el problema existe. Por más que nos esforcemos para evadir el compromiso, no podemos eliminar de nuestro interior la inquietud que nos impulsa a preguntar, acicateados por el temor y la inseguridad. Quizá ese temor y esa inseguridad, la presión a que estamos sometidos en la actualidad, sean en definitiva elementos positivos, porque nos mueven a enfrentarnos con nosotros mismos.

¿Quién está hoy libre del temor y la inseguridad? Algunos dicen estar seguros, saber lo que hacen y adonde van; pero detrás de la cáscara se advierte el conflicto de fondo, de naturaleza mucho más espiritual que el temor al castigo divino, al pecado o a lo desconocido. Es un temor vital, que es muy diferente. El temor al castigo no es un problema; está dentro de la dualidad establecida del bien y del mal. Mas el temor a enfrentar una pregunta fundamental tiene sus raíces en la profundidad del ser, y aun como temor mantiene viva una incógnita que nos incorpora a una realidad mayor: rompe barreras.

En general, enfocamos a los problemas comunes, y aun a los conflictos humanos, desde afuera de ellos, como si fuésemos sólo espectadores de un universo que nos exige aplicar soluciones. En cambio, cuando preguntamos por el sentido nos situamos dentro de un problema que envuelve y trasciende todos los demás. Cuestionamos incluso nuestro concepto de qué es un problema y una solución. Y cuestionamos, más que nada, nuestra propia vida, nuestros objetivos y valores.

Para llegar a la pregunta del sentido hemos tenido que desprendernos de nuestra concepción dualista del mundo y de la vida, de los opuestos absolutos, de lo establecido, de lo correcto, de lo prudente. Nuestra preocupación fundamental ya no consiste en definir la realidad, en decir si es buena o mala, si nuestra vida está o no justificada. Buscamos la realidad que engloba y da sentido a ese bien y a ese mal. Cuestionamos la vida en su totalidad y, de ese modo, nos situamos como testigos de nosotros mismos y del mundo. Hemos comprendido que las respuestas hechas, las razones dogmáticas, las explicaciones que nos llegan de afuera, son sólo defensas que esgrimimos cuando no tenemos valor para salir del molde que nos protege, pero que también piensa y obra por nosotros.

Es corriente interpretar los dogmas como exclusivos de las religiones organizadas, pero en verdad es un límite que está dentro de nosotros y que hemos proyectado sobre nuestros sistemas de ideas y valores.

El dogma nos da por anticipado la solución del problema de la vida y el mundo; al definir la realidad nos da un piso firme donde desenvolvemos. De esta manera hace que los valores que se desprenden de él sean la verdad para nosotros. Nos aferramos al dogma por instinto de conservación, de seguridad. Pensar por nosotros mismo, atrevernos a revisar las posturas fundamentales con que enfrentamos la vida es sentirnos en el vacío, perdidos en la soledad.

Uno toma los dogmas establecidos o los crea: religiosos, sociales, políticos. Pero no puede evitar que, en algún momento, la propia vida se muestre ante uno tal como es, desnuda de los artificios con que la hemos desfigurado, libre de nuestras estructuras y preconcepciones. Y frente a ella uno pierde sus apoyos y su seguridad. Los valores que no son reales muestran su inconsistencia. Uno *sabe* que tendrá que enfrentarse a sí mismo y al misterio de la vida solo y a secas, cualesquiera sean los dogmas que hoy esgrima.

Todo dogma fija al individuo y, de esa manera, lo aísla de una realidad que fluye dinámicamente. No interesa la naturaleza del dogma, si es materialista o espiritualista, religioso o científico; siempre estereotipa dentro de un límite que impide que nuestra vista de la vida fluya hacia una visión más amplia y completa.

Tenemos miedo de salir fuera de nuestra guarida de ideas prefabricadas, pero debemos preguntarnos si la realidad del mundo de hoy nos permite igno-

rar este problema. Sin entrar a considerar los absurdos de nuestra época, sin apelar al sentimentalismo que conmueve pero no mueve, miremos lo que somos y lo que perseguimos.

Preguntar por el sentido requiere valentía; significa estar dispuesto a revisar a fondo los apoyos sobre los que construimos todo lo que somos y disponemos: nuestros valores, nuestras ideas y nuestra vida. Y esa valentía muestra que tenemos libertad interior suficiente para revisar nuestros objetivos y nuestras aspiraciones.

Corremos; no sabemos por qué ni hacia dónde. Detengámonos, observemos, preguntemos. En otros tiempos sólo el profeta y el filósofo eran testigos de su época; hoy cada persona está comprometida con la humanidad y con el mundo. Ya no nos sentimos justificados por testimonios ajenos; nuestra necesidad no se satisface con una razón intelectual sino con una realidad interior.

Vivo, y el simple hecho de vivir establece por sí mismo la pregunta acerca de la vida. Ignorarla, vivir ausente, es dar la espalda a la realidad fundamental de existir; es huir de la conciencia de ser, aun cuando esa conciencia sea todavía oscura y enigmática.

Vivo y vivo en sociedad; soy testigo de mi existencia y, al mismo tiempo, de la realidad que me circunda. Al dar testimonio de mi necesidad interior de sentido doy testimonio de esa necesidad en el ser humano, en todos los seres humanos.

Toda respuesta exterior a mí no es respuesta, es información. Las soluciones aprendidas, estudiadas, no son ya solución para mí; son voces de una realidad que me es extraña y no puedo incorporar substancialmente a mi existencia. Las respuestas rescatadas del pasado, las teorías establecidas, estructuradas, no son respuesta a mi pregunta. Tampoco orientan mi búsqueda ni señalan el camino a seguir. Cada uno se aferra a los valores y estructuras que nuestra época aún no le ha quitado, pero nadie sabe claramente qué hacer con ellos, hacia dónde ir. Y cuando no hay un camino claro, una meta incuestionable, los sistemas entran en crisis.

Pero siempre una crisis es síntoma de transformación, de una toma de conciencia. Uno pregunta por el sentido de la vida como consecuencia de una crisis en su vida. Una crisis que lo enfrenta consigo mismo y no le permite escapar.

Es el momento en el que la pregunta abstracta “¿qué sentido tiene la vida?” se hace concreta y apremiante: “¿qué sentido tiene *mi* vida?”

Esta pregunta tiene un alcance diferente. Porque no puedo separar mi vida de la vida. La individualidad –que no es lo mismo que individualismo– ya no puede ser entendida como una realidad personal separada del todo social. Mi problema es siempre un aspecto particular indisolublemente ligado a todos los otros conflictos humanos. Por eso no cabe la búsqueda de una felicidad personal; mi preocupación fundamental se centra en el ser mismo, como sociedad, como humanidad, dentro del ámbito que le es propio: el universo.

Esto nos habla de una cualidad diferente de hombre y de mujer, con una conciencia de ser que trasciende los límites de su persona y tiende a expandirse hasta abarcar un campo que todavía no alcanzamos a delimitar.

Las respuestas contingentes

Al buscar un sentido a la existencia nuestra mirada se dirige hacia la historia humana; si analizamos un poco esa historia quizá podamos encontrar una orientación que apunte hacia un objetivo asequible a nuestra comprensión. Es evidente que existe un desarrollo ininterrumpido del conocimiento que pone a nuestro alcance mejores medios para desarrollar nuestras posibilidades. La humanidad sabe más, tiene más, puede más; y ésta es nuestra definición actual del progreso. Pero este concepto del progreso nos mueve hacia las siguientes consideraciones:

Primero: tener más, poder más, ¿es ser más? Segundo: la discontinuidad de los grandes ciclos históricos. Tercero: la solución de continuidad dentro de una misma etapa histórica por el sucesivo cambio –por muerte y nacimiento– de las generaciones que la constituyen.

No haremos del primer punto un análisis histórico; ese tipo de estudio no es el objetivo de este texto.

Es evidente que la historia de la humanidad se remonta más allá de los pocos miles de años de la parte que ha sido exhumada. Los vestigios de las civilizaciones perdidas hablan un lenguaje que no alcanzamos a comprender y ahondan la incógnita. Porque ¿qué sentido tuvieron? Sólo quedan sus restos; ni siquiera su recuerdo. Esto dramatiza aún más nuestro presente: vivimos sobre un filo; el más leve error en el uso de nuestro poder podría significar el término de una fantástica estructura de progreso material que se yergue hoy como el más acabado testimonio de nuestra falta de equilibrio y congruencia. La notable civilización que hoy exhibimos necesitó muy pocos siglos para desarrollarse; ¿cuántos ciclos como éste pudieron haberse dado en las decenas de miles de años que llevamos sobre el planeta, y ¿para qué?

Si la finalidad de la experiencia fuera el progreso ininterrumpido, la decadencia y término de ese progreso anularía dicho sentido, a menos que el final de esa regresión signifique un punto de partida más avanzado. Pero aún no tenemos datos que vinculen nuestra historia con las civilizaciones que nos precedieron y que conocemos sólo por algunos pocos restos y mitos que permanecen hasta hoy como desafíos a nuestra imaginación. Esas culturas

nacieron y murieron como lo hacemos los seres humanos, dejando tras de sí la misma estela de misterio.

Es común que asociemos el sentido de la vida con la idea de conseguir algo sustancial, de lograr un objetivo deseable, de alcanzar el éxito. Asociamos la vida a la idea del triunfo; la muerte a la del castigo, al fracaso. Aún hoy en día consideramos a la muerte como el castigo máximo, y la privación de la libertad, que es un modo de morir viviendo, su mejor sucedáneo dentro de nuestro sistema de sanciones. Esto muestra el arraigo con que vinculamos la muerte con la idea de final adverso.

¿Morir es fracasar, entonces? Cuando la noción del transcurso de la vida no puede desligarse del par vida-muerte, incluye en sí la idea de decadencia en su acepción literal de declinación hacia la ruina. Si todo devenir termina en decadencia, termina también con su sentido.

Si observamos nuestra civilización actual, es obvio que nos muestra un ritmo cada vez más acelerado en la adquisición del conocimiento, el cual se traduce en un poder creciente. Si bien todavía no alcanzamos a distinguir hacia dónde nos conduce este desarrollo, ¿podemos suponer que su fin será el despeje de todas las incógnitas que hoy nos agobian? Sin embargo, dentro de esta línea de progreso se destaca la discontinuidad marcada por las generaciones que se suceden.

En el continuo de la historia todos morimos. Cada individuo fracasa, aparentemente, para que la humanidad triunfe. Si bien la sociedad humana, considerada como una unidad, supone una finalidad implícita, esa sociedad está constituida por individuos-partícula, destinos temporales finitos sin una continuidad individual evidente. No podemos justificar nuestra vida si nuestra muerte significa ser sustraído del continuo histórico-social, si desaparecemos de la escena y de la acción que es, precisamente, la humanidad y su historia.

No interesa en este momento considerar las distintas teorías y doctrinas que explican la muerte como un paso en el continuo de la existencia, sino atenernos al hecho de que la muerte, en sus consecuencias objetivas, nos saca del continuo histórico-social, ese ámbito que condiciona y provoca nuestra pregunta por el sentido.

Aunque supongamos que sí existe justificación histórica para el individuo, ¿de qué manera adquiere sentido cada individuo como una unidad en sí

misma y *su vida particular como experiencia única y esencialmente intransferible*, dentro de una sociedad que le es extraña desde el momento que lo reemplaza por otro individuo que lo sucede? ¿Será válido pensar que cada individuo muere para que la sociedad viva?

Podemos apelar a teorías que intentan explicar estas contradicciones; pero si nos atenemos estrictamente a los conocimientos evidentes, la historia no responde a nuestra pregunta sobre el sentido. Cada cual es *una* historia dentro de *la* historia; el drama ocurre en *su* historia; no en *la* historia. El estudio de este problema es el análisis de una angustia. Porque cuando uno se pregunta sobre el sentido de la vida, no lo hace respecto de la vida en general; pregunta qué sentido tiene su vida.

Cada uno toma conciencia de la vida sólo a través de *su* vida. Si bien intuimos que la vida tiene un sentido y nos esforzamos incansablemente para alcanzarlo, no podemos demostrar que nuestra vida tiene un sentido evidente; morimos demasiado pronto, antes de que toda la experiencia que recogimos fructifique. Desaparecemos precisamente cuando recién aprendimos a vivir. Como flor que se marchita antes de abrirse completamente.

La historia, entonces, no da una respuesta evidente; nos impresiona como una experiencia en la que no figuramos a menos que nuestro nombre aparezca en sus páginas; y aun cuando figuremos en alguna de esas páginas, ya no estamos para leerlas. Cada civilización es una unidad orgánica, con sus leyes, sus períodos, sus ideas directrices y su ritmo de crecimiento y decadencia. Refleja en otra dimensión la vida del individuo. *Tiene su propio tiempo y ritmo, distinto del tiempo del individuo, y esta diferencia separa los procesos vitales de éste de los de aquélla, mientras simultáneamente se integran todas las experiencias individuales en un único movimiento, como la ola que resume en sí las gotas que la forman.* Pero las gotas humanas tienen conciencia de su existencia, tienen vida individual y sufren una experiencia personal.

Resulta difícil imaginar el increíble número de experiencias individuales de los miles de millones de seres humanos a lo largo de las generaciones en las sucesivas culturas y civilizaciones. Si observamos al mismo tiempo que, fuera del grado de desarrollo de una civilización, las experiencias propias de la vida humana —el amor, los sueños, el esfuerzo, el dolor, aquéllas que son independientes de la época por ser inherentes al ser— no difieren en gran

medida a través del tiempo, no podemos dejar de preguntarnos: ¿podrá la experiencia vital de un individuo servir a otro individuo?

Cuando comprobamos que nuestro estado interior de violencia y la violencia misma como actitud preponderante para solucionar los problemas humanos, lejos de superarse según el sueño de humanistas y pensadores románticos, se destaca cada vez más como el signo de nuestra época, nos interrogamos cuál es la diferencia que el progreso ha marcado en nosotros respecto de nuestros antepasados en este aspecto, en qué medida la experiencia de una sociedad se transmite al individuo particular. ¿Seremos hoy, *interiormente*, la misma criatura primitiva sólo que ubicados dentro de un medio más eficiente, en el que nuestras grandezas y miserias se hacen más evidentes?

Hemos cambiado la faz de la tierra, el caudal de posibilidades y conocimientos materiales crece sin cesar; pero estos no nos han dado un sentido y no siempre nos han ayudado a transmutar nuestros impulsos. ¿Recogemos una enseñanza de la historia? Y si así fuera, ¿dónde están sus frutos vitales?

Si el individuo —en realidad el prototipo, porque ese individuo es siempre otro, diferente, sólo una continuación ideal—, sufriera una evolución personal, ¿cuál es el fin de la misma? ¿La muerte? ¿Qué es la muerte desde el punto de vista de la evolución y desarrollo de las posibilidades de *un* ser humano? Si bien la historia humana muestra una orientación hacia el desarrollo de posibilidades, de ninguna manera da elementos para justificar la vida particular, la de cada individuo, dentro del corto lapso en que éste aparece en el contexto social. No justifica *su* vida, la única que a uno le importa en este momento. Sólo muestra infinitas soluciones de continuidad, la muerte irremediable de cada uno de nosotros que así mantiene viva una historia impersonal y ausente.

Ni *la* historia ni *nuestra* historia dan respuesta capaz de colmar el vacío dejado por una pregunta fundamental.

Queda aún otra cuestión. La vida humana no es la única posibilidad de existencia inteligente en el universo; lo probable es que sea sólo una entre muchas. La historia no revela algún contacto nuestro con el universo; no nos relaciona con el cosmos, sólo con nosotros mismos. Cuando nuestro campo de observación es tan restringido, ¿podemos descubrir algún sentido? Si la vida humana adquiriera sentido recién al ubicarse dentro de un ámbito de existencia más amplio, que abarque al universo como verdadero mundo del

ser humano, ¿permanecerían vigentes los valores actuales? ¿Cuáles son, en realidad, los valores universales que rigen el desenvolvimiento humano? *¿De qué manera se justificarían los valores de hoy dentro de un marco mayor que el presente, cuando nuestras fronteras mentales trasciendan nuestros límites actuales y nos permitan ubicarnos cósmicamente?*

La historia no da ni es respuesta a nuestra pregunta.

Pasemos a la fe.

No nos mueve la intención de criticar el objeto de nuestra fe sino analizar nuestro modo de creer.

La historia nos enseña que toda fe, simple en su origen, con el tiempo se hizo creencias, las que luego dan lugar a religiones organizadas y diversos grupos espirituales, y que toda creencia está determinada por las limitaciones de los individuos que las profesan.

Las creencias nos dicen que las verdades últimas de la existencia, que hoy están más allá de nuestra comprensión, pueden ser alcanzadas por el alma que actualiza sus más altas posibilidades espirituales. ¿Qué queda para todos aquéllos que no alcanzamos aún esa gracia?

Las creencias siempre trataron de justificar la realidad; creer es una necesidad interior nuestra. La fe es el sostén de nuestra vida. Toda persona cree en algo: Dios, éxito, dinero, ideales, y esa fe es el motor de su existencia.

En las creencias, entonces, la fe simple se va transformando en sistemas de ideas; esos sistemas, en estructuras más o menos rígidas que se constituyen luego en objeto de la fe. La fe se hace creencia; la creencia explica la realidad.

Explicar la realidad no consiste únicamente en ubicar en forma teórica la existencia del ser con su acontecer, sus problemas y sufrimientos, en el ámbito de la realidad; también es juzgar acerca de lo que no sabemos aún: lo desconocido. Cuando uno se arroga el derecho de definir lo que uno *sabe que no conoce*, corre el riesgo de equivocarse rotundamente. Y el riesgo de errar, como es público, se contrapesa luego con el endurecimiento de los esquemas, con la rigidez de los principios, terminando al fin en conflictos que todos tenemos que purgar. Esto es evidente a lo largo de toda nuestra historia.

Para explicar los misterios de su momento, los individuos de otras épocas partieron de los conocimientos parciales que habían alcanzado –tal como hacemos ahora– y explicaron a su modo, como pudieron, de acuerdo con los límites de sus conceptos, lo que la mentalidad de ese entonces no lograba entender. Pero cuando dogmatizamos sobre lo que no conocemos confundimos la revelación divina universal con una verdad natural; ubicamos en el campo de la revelación lo que mañana será dominio de la razón. Hemos puesto el límite entre lo divino y lo natural muy cerca de nosotros; hemos materializado y humanizado lo divino. Es así que el desarrollo de nuestro conocimiento nos fuerza a desplazar ese límite que, con grandes conflictos y dolores, vamos empujando cada vez más hacia atrás.

A lo largo de nuestra historia hemos ido mezclando lo divino con lo humano, ya sea divinizando lo humano o humanizando lo divino. También hemos confundido sobrenatural con divino, asignado carácter divino a percepciones que sólo son avances sobre nuestros sentidos. Cuando por vanidad nos inclinamos a dogmatizar nos equivocamos siempre, porque dogmatizar sobre lo que se desconoce es hacerlo sobre el futuro, y el futuro trae lo no conocido al campo de lo conocido. Aún más: al pretender fijar el futuro determinamos ya nuestras posibilidades potenciales y negamos así la facultad de orientar nuestro destino. Entre este momento y el mañana hay un lapso de vida que acciona sobre ese mañana. Hacer un dogma sobre nuestro futuro es negarnos la posibilidad de transformarnos y la libertad de actuar sobre la vida a través del tiempo.

No tiene objeto definir en este momento si nuestro destino está sujeto al determinismo o si poseemos realmente libre albedrío; sería comenzar a dogmatizar. Lo cierto es que la experiencia nos enseña que el curso de la vida está siempre más allá de la visión que tenemos del futuro. En otras palabras, que las posibilidades reales de un momento dado trascendieron siempre el vuelo de la imaginación de ese momento. Porque no hemos aprendido a imaginar una realidad diferente; nos hemos habituado a proyectar sobre el futuro nuestra realidad actual, a la que sumamos los adelantos que creemos posibles. No hemos podido concebir otra realidad. Y nuestro presente, en relación a etapas anteriores, es *otra* realidad, inimaginable pocos siglos atrás. Cuando el futuro se hizo presente nunca se ajustó a los dogmas anteriores; los trascendió.

En la medida en que las creencias se hicieron rígidas y sustituyeron la fe simple por los dogmas objetos de fe, se apartaron del camino de la vida y siguieron sendas diferentes.

Cuanto más tiempo transcurre, más profundo es el conflicto entre la realidad y la verdad hecha dogma. La evolución homogénea del dogma no es una salida; si el dogma tiene que transformarse porque el avance del conocimiento obliga a ese cambio, es una idea que siempre corre detrás de la vida; una fuerza que frena en vez de impulsar. Cuando la reforma se hace forzada por una realidad que no se ajusta a preconceptos, esa adaptación del dogma no cierra el abismo entre la vida, que es dinámica, y los conceptos estáticos sobre esa vida.

Los sistemas de creencias sufren continuamente el choque entre sus dogmas y la revelación natural de la realidad a través de nuestros conocimientos y experiencias directas. Y siempre, para persistir, tienen que sacrificar creencia.

El conflicto entre la religión y la ciencia no es en sí importante; lo que sí es necesario considerar es que ese conflicto se transforma en una lucha interior en el creyente, que lo es de su religión y de la ciencia.

Un conflicto teórico, abstracto, es hoy el problema vivo del individuo que cree y piensa.

No creemos porque sí; creemos porque vivimos. Vivir es un acto de fe.

No importa ahora discutir en qué cree cada uno de nosotros; nuestra fe es nuestro apoyo, tanto si la elegimos conscientemente como si la aceptamos por haber nacido en ella. Y cuando se resiente nuestra fe íntima tenemos un conflicto profundo. La evolución homogénea del dogma no puede ser una solución cuando la raíz de la duda ya está dentro de nosotros. Tampoco es salida cambiar un credo por otro; sería sólo cambiar de contexto a un contenido de la misma naturaleza del anterior.

Por otra parte, podemos sustituir una incógnita con una explicación sin por eso despejar la incógnita. Una explicación lógica no es una respuesta a una pregunta que no tiene por qué enmarcarse dentro de la lógica convencional. Si preguntamos por el sentido del dolor no lo hacemos para que nos den razones sobre el mismo, sino porque anhelamos terminar con nuestro dolor. En ese momento no es la lógica lo que nos interesa, es el dolor.

El dogma tampoco busca siempre explicaciones lógicas; dice lo que hay que creer. Da contestaciones, pero no responde.

Pasemos a la ciencia.

La ciencia no intenta por el momento una respuesta. Nació a espaldas de los dogmas, a escondidas de las creencias y sigue un camino propio. Adviene humilde, reconoce sus limitaciones. Sabe que no sabe, y sabe también que no cuenta con recursos que le permitan pontificar acerca del destino humano. ¿Qué hace entonces? Se limita a investigar lo que ocurre.

Cuando se inquiere libremente, sin ideas hechas, siempre se descubren nuevas vías de desenvolvimiento. La posibilidad de aprender está en el conocimiento de la realidad objetiva. La ciencia renuncia de antemano a hallar un para qué. No se pregunta por el sentido de la realidad sino sólo cómo es.

Al remplazar el para qué por el cómo, traza un método de conocimiento. Al no encasillarse en conceptos previos admite –teóricamente– que todo es posible. El dogma dice: “lo posible es esto”. Al fijar un enunciado como verdad definitiva se circunscribe dentro de un círculo del que no puede salir. La ciencia, al admitir que todo puede ser, se desenvuelve rápidamente, a tal punto que ya hemos perdido la capacidad de asombro. Sin embargo, todavía no puede librarse del complejo con el que nació. Nació en oposición al dogma, en reacción contra él. Esta marca de origen se hace visible en el prejuicio existente contra experiencias subjetivas, sin darnos cuenta de que toda reacción por prejuicio es una negación de la actitud científica, cuya base consiste en que todo está dentro de lo posible. No encontrar por el momento una explicación aceptable indica que el juicio debe mantenerse en suspenso, mientras se avanza en la investigación. No es lo mismo admitir toda posibilidad que no aceptar ninguna hasta tanto sea evidente.

En realidad no es la ciencia sino la actitud que tomamos frente a nuestras posibilidades interiores la que marca esta contradicción. Por supuesto que en la actualidad todo prejuicio es calificado como ignorancia; no obstante, son pocos aquéllos que están libres de ideas previas acerca de lo que no conocen. La ciencia nos ha dado –y sigue dando– muchas respuestas notables, pero aún no tiene una para nuestra pregunta. Incluso el mayor conocimiento que hoy tenemos del mundo y de nosotros mismos no nos ha dado una vida espiritual mejor. Por el contrario, la angustia de vivir es cada vez mayor.

Por supuesto, la ciencia no ignora la pregunta sobre el sentido; lo carga sobre sí, aunque a escondidas. Desde el punto de vista científico, el hecho de no hacer una pregunta fundamental revela sus aún profundas limitaciones. Situación que se hace soportable por la suposición de que el desarrollo del conocimiento y de los medios de investigación llevará al final, por sí mismo, al entendimiento del misterio de la existencia y de su sentido último.

El hecho de disimular la vigencia de la pregunta sobre el sentido muestra un dogma de nuestra época; somos conscientes de nuestra debilidad frente a los interrogantes fundamentales.

Explicar la bomba no es dar sentido a la destrucción para la cual fue concebida. El adelanto científico de hoy, yuxtapuesto a una sociedad carente de recursos verdaderamente espirituales, engendra los resultados monstruosos de nuestras contradicciones. Cuando el desarrollo es unilateral, los frutos son deformaciones trágicas de la condición humana.

La ciencia no proporciona respuesta. ¿Dónde podemos buscar entonces?

Miremos hacia afuera, hacia el mundo. Mas no fijemos la atención en la ciudad, el movimiento, los problemas de todos los días. Vayamos más allá, observemos el universo y su inmensidad evidente, cuya realidad puede prescindir del ser humano, de sus interrogantes y sus problemas.

Podemos predecir con extraordinaria precisión los movimientos de los planetas, pero no estamos en condiciones de adelantar datos respecto de la humanidad, su conducta y su destino. El mundo en el que vivimos se muestra tan inasible que puede prescindir de nosotros, criaturas impredecibles que no se ajustan a leyes razonables. El hecho de que encontremos o no una respuesta a nuestra pregunta no parece alterar la realidad del cosmos ni las leyes de un universo que ignora nuestra angustia y no tiene respuesta para nosotros. Frente a la magnitud del universo, mi problema existencial, mi pregunta sobre el sentido, se reduce a una dimensión insignificante, pero también se hace profundamente dolorosa. Preguntar al cosmos es saber que sólo responderá el eco de mi propia angustia.

El universo no da respuesta. Las creencias contestan con sus dogmas. La ciencia no toca el problema. La sociedad desfigura la pregunta, la desnaturaliza con valores superficiales e intereses inmediatos.

¿Qué queda entonces?

Nos resta preguntar a la vida misma.

Pero, ¿a qué vida pregunto? *La vida* es hoy una abstracción para mí. Mi persona se constituye en un límite que divide la vida de mi vida, que diferencia la realidad que percibo dentro de mí de la que se manifiesta fuera de mí. Todavía no he logrado realizar la vida como un fenómeno interior-exterior, único e indivisible. Siento, experimento interiormente, u observo y experimento exteriormente. Desde luego que siempre existe un vínculo entre una experiencia exterior y las reacciones interiores, pero esa relación establece al mismo tiempo que una conexión, una profunda diferencia. La capacidad de orientar mi percepción revela las dos caras en que se me muestra la realidad y que al final se determinan en dos realidades: lo exterior y lo interior; el mundo y el ser; lo objetivo y lo subjetivo. Y dentro de esa dualidad de mundo y ser, de existencia objetiva y de vida subjetiva, las respuestas son muy difíciles de hallar.

Por otra parte, este dualismo en la noción de ser origina una lucha, porque no es poco común que la realidad interior no se injerte adecuadamente en el mundo exterior. Algunos nos adaptamos con relativa facilidad a las circunstancias y a los hechos sin alterar profundamente lo que somos; otros no lo logramos fácilmente.

El concepto que hoy tenemos de la normalidad nos exige una adaptación rápida y espontánea; ser inadaptado es casi sinónimo de desequilibrio. Cabría preguntarnos si no sería más lógico fundamentar el equilibrio en la armonía interior-exterior en vez de dar como patrón la adaptación a un medio externo que las más de las veces se muestra como una distorsión absurda, contradictoria y dramática del concepto de equilibrio y armonía. Lo cierto es que los dos modos de ser de nuestra realidad –interior y exterior– determinan una lucha por el equilibrio y marcan así una dicotomía que añade más interrogantes a mi pregunta sobre el sentido.

Y sin embargo pregunto; no puedo ignorar ese interrogante. Aunque me encuentre totalmente a oscuras en mi búsqueda tengo que dejar de huir, cortar toda salida y posibilidad de escape. Reconocer que estoy a oscuras es ya un buen punto de partida. Y me siento a oscuras a pesar de todo lo que he oído y leído; a pesar de los adelantos en la investigación de la persona y su conducta; de la infinidad de textos de psicología, pedagogía y filosofía. Ninguno me enseñó a buscar libremente dentro de mí; solo aprendí a investigar hacia afuera. Quiero saber cómo es un motor: tomo herramientas, lo desar-

mo, lo armo, lo hago funcionar. Pero interiormente me encuentro sin herramientas, sin método ni manual para guiarme.

Puedo salir al paso y presentar el gran caudal de conocimientos y experiencias acumuladas por las ciencias sociales y humanas; pero, en este momento, para mí la psicología, la filosofía y las otras ramas del conocimiento pertenecen al mundo exterior; un mundo que informa de una realidad ajena a mi realidad.

Para el académico el paciente es un objeto, como la roca para el geólogo. Es evidente que el individuo, como objeto, da respuestas. Pero, ¿cuál es la respuesta que da como sujeto? A pesar de las concepciones de las diferentes ciencias modernas, las teorías racionales o la experiencia ajena no nos sirven para conocer en profundidad nuestro mundo interior.

Y aquellos pocos que dijeron haber alcanzado una realización interior del misterio de la existencia no pudieron explicarnos su conocimiento esencial; nos dejaron solos frente a nosotros mismos.

Las modernas técnicas de investigación psicológica y neurológica no nos han ayudado aún a develar el porqué de nuestra existencia. Saber cómo funcionan los mecanismos mentales, el subconsciente, los reflejos, los complejos, las motivaciones, no nos convierte per se en seres realizados, por más especialistas que podamos ser en el tema. Es muy poco lo que hemos avanzado en el conocimiento del origen y finalidad del ser humano como tal. Describimos los problemas interiores según los postulados de las distintas escuelas, pero no tenemos respuestas para las preguntas del ser. Las explicaciones y teorías nos sirven para intentar comprender el funcionamiento de los procesos interiores; pero no son la respuesta que cada uno de nosotros espera para colmar su necesidad interior de plenitud y sentido. No por explicar un problema lo entendemos en toda su profundidad. Las explicaciones no pueden referirse más que a aspectos contingentes de la realidad, y lo que necesitamos es un conocimiento que vaya más allá. Aunque conozcamos cómo accionan nuestros mecanismos de defensa y el porqué de nuestros complejos, aún no sabemos quiénes somos ni hacia dónde vamos.

La renuncia y el sentido de la existencia

Preguntar por el sentido de la existencia es introducir un problema de naturaleza diferente de los que estamos habituados a resolver. No nos enfrenta con un desafío de la naturaleza, una dificultad que podemos encarar directamente, investigar, sabiendo que con suficiente tiempo y esfuerzo obtendremos un resultado cierto. No podemos tomar a la naturaleza como un objeto al que se le pregunta su sentido, y sabemos que preguntando a otros tampoco encontraremos lo que buscamos. Nos hallamos entonces con que no tenemos nada para hacer, nada que podamos cortar, desarmar, investigar, buscar: nada. No hay un objeto sobre el cual proyectar nuestra pregunta para extraer una respuesta.

No preguntamos sobre una cosa sino sobre el significado de toda nuestra realidad. No tenemos puntos de apoyo sobre los cuales basar una investigación. La realidad es cada uno de nosotros, lo que nos rodea, y también nuestras preguntas y búsquedas. Al no contar con un apoyo que dé seguridad a esa búsqueda, nuestra conciencia es sacudida por el encuentro con una realidad que no podemos asir. La consecuencia de esa conmoción interior es un cambio en nuestra ubicación respecto de la realidad; es una apertura que implica la caída de los límites puestos por nuestras ideas previas, estructuras dogmáticas que deforman nuestra visión del mundo y de la vida y nos cierran el paso a una conciencia más profunda de ser y conocer. Al atrevernos a cuestionar todas las respuestas con que contamos salimos del marco de una concepción estática de la vida y accedemos a un estado de conciencia más amplio, menos contingente, ya que nuestra pregunta no es producto de una inquietud racional sino surge como consecuencia de la totalidad de nuestra percepción.

Comprender que la pregunta que formulamos es de un orden diferente de las habituales es ya dar un paso hacia adelante. El orden de “¿qué sentido tiene la vida?” no es el mismo de “¿qué vamos a comer en el almuerzo?” Entonces el orden de la respuesta “hoy comemos guisado” no sirve para decir “la vida tiene tal sentido”.

Es que la mayor parte de las veces, cuando preguntamos por el sentido que tiene la vida, estamos pidiendo para nuestra vida un orden de respuesta como el de “hoy comemos guisado”.

Nuestra conciencia del interrogante de la existencia no es profunda y vital; por eso verbalizamos en forma contingente una pregunta que es fundamental. No preguntamos movidos por una necesidad existencial de sentido, sino por reacción ante problemas y dolores que no nos sentimos capaces de soportar. Queremos encontrar una explicación que nos conforme, que nos consuele, que acabe con nuestra angustia personal y nuestro sufrimiento. Buscamos una respuesta-tapón; algo, lo que sea, que cubra nuestro vacío momentáneo, hasta tanto podamos retomar un ritmo que nos envuelva de tal modo que nuestra pregunta se diluya en el recuerdo vago de un momento que deseamos borrar. Si bien somos capaces de repetir, como los niños cuando les enseñamos un canto: “digan conmigo: ¿qué sentido tiene la vida?”, al igual que esos niños, no estamos haciendo realmente esa pregunta.

Es que toda pregunta esencial es una toma de conciencia o, al menos, un desarrollo de la conciencia que ya tenemos. Esta transformación se expresa en un enfoque diferente de la vida y, por ende, en un cambio concreto en nuestra forma de vivirla. Porque cuando preguntamos sobre el sentido de la vida no estamos buscando una contestación sino una respuesta no verbal, permanente. No sabemos aún cómo se expresará, pero sí que lo hará *en nosotros*. Buscamos una respuesta-conciencia. Cuando preguntamos esencialmente tomamos conciencia de nuestra necesidad interior y entonces esa necesidad se hace vital. Somos plenamente conscientes, quizá por primera vez, de nuestra falta de realización y plenitud.

¿Cuántas veces nos hemos dicho “tengo que salir, distraerme, divertirme”?, pero no porque nos sintamos faltos de plenitud; sólo somos conscientes de nuestro aburrimiento, del tedio, del hastío. Mas cuando nos atrevemos a cuestionar nuestra propia existencia tomamos conciencia de la plenitud que no tenemos y que necesitamos realizar como la esencia misma de nuestra vida. Y la respuesta será diferente porque preguntamos de manera diferente; nuestra pregunta expresa en palabras la necesidad fundamental de nuestra alma. Y quien hace esa pregunta, *de ese modo*, es ya diferente.

Cuando uno no busca una solución de compromiso sino se pregunta como lo estamos haciendo ahora, uno renuncia a apoyos que le permiten vivir con bastante soltura. Por ejemplo, a sus ideas hechas y a las diversas formas en que no asume su responsabilidad de los problemas que sufre ni de los que produce en otros. Uno renuncia a justificarse y, especialmente, a defenderse.

La pregunta sobre el sentido hace que uno se sienta atacado, no por quien la formula sino por la pregunta misma, que es como un dardo que se clava en nuestra certidumbre de vivir realizando alguna cosa.

Pero al renunciar a los apoyos que nos hacían sentir que nuestra vida estaba justificada, al ser capaces de vernos desde afuera, dejamos de considerar nuestros problemas personales como los primeros y fundamentales de la existencia. Renunciamos a ser el centro del problema existencial; dejamos de ser *el* sujeto en una existencia que tiene más de un sujeto.

Y aquí estamos, estimado lector.

¿Qué hemos hecho?

Asumo que hemos pensado juntos.

Que hemos preguntado juntos.

Hemos comprendido que esa pregunta era de naturaleza diferente.

Y, analizando las fuentes que podrían respondernos hemos ido cayendo, poco a poco, dentro de nosotros mismos.

Comprendimos que ninguna respuesta exterior a nosotros es respuesta.

Esto significa una toma de conciencia.

Significa también un cambio de actitud, porque nos hemos despojado de nuestros puntos de apoyo.

Hemos renunciado a los valores que nos daban una posición cómoda en la vida.

Cuando renunciamos a los valores, no lo hacemos para desecharlos sino para conocerlos.

Hemos renunciado a defendernos.

Hemos renunciado a considerar nuestros problemas personales como los problemas primeros y fundamentales.

Hemos renunciado a ser el centro del problema existencial.

Al renunciar a la seguridad que nos da nuestra postura ante la vida, al renunciar a la seguridad que obtenemos al refugiarnos en ideologías y creencias que nos evitan enfrentar la realidad de nuestra existencia, rompemos

barreras interiores y extendemos nuestra conciencia de ser más allá de los límites de nuestra persona.

Éste es el primer paso de la renuncia, el que nos asienta sobre nuestros propios pies y nos enseña a vivir sin apoyos exteriores: el éxito, el brillo, las cosas, todo lo que es exterior a nosotros.

Y también revela una *vocación de sentido*, una vocación que pone la necesidad de desarrollar conciencia por encima de todos los otros objetivos.

La vocación de sentido es la condición de la respuesta a ¿qué sentido tiene la vida?

Uno no puede encontrar sentido a su vida si no está dispuesto a dejar algo para lograrlo.

No puede salir de donde está si no deja el sillón de su casa.

Sabemos de antemano que nadie puede *decirnos* cuál es el sentido de la vida. Necesitamos dejar la actitud de esperar que lo que necesitamos nos venga de afuera. La respuesta sólo puede surgir de nosotros mismos, no como una explicación dialéctica sino como un estado de conciencia. Esto significa estar dispuestos a una revolución interior. A trabajar dentro nuestro.

Para ello necesitamos, como hemos señalado, renunciar.

Pero, ¿qué es renunciar? ¿Nos asusta la palabra? Quizá pensamos que se nos pedirá algo que nos pertenece y cerramos con llave todas nuestras puertas.

Si para nosotros renunciar significara dar algo, nos seguiríamos moviendo dentro de los pares de opuestos del dar y recibir; haríamos de la renuncia el mejor negocio, porque así pagaríamos por el sentido de la existencia.

Renunciar significa darnos vuelta por dentro.

Somos generosos; sabemos dar y nos gusta dar. Sentimos que hacemos bien y obras buenas. Pero, en esa actitud, dar tiene un sentido posesivo.

Somos quienes somos, dueños de nuestra vida y de nuestro destino; dueños de nuestras convicciones y nuestros bienes. Y *esa identificación total con cosas hace de nuestra vida una cosa*; así no podemos tener plena conciencia de vivir, de qué hacemos y buscamos.

Hemos visto que no somos dueños ni del tiempo, ni del mundo, ni de la historia.

Cuando renunciamos a las ilusiones de las que vivimos, la vida tiene otro lenguaje para nosotros. Descubrimos a la humanidad, a la sociedad y al mundo dentro de nosotros mismos.

Antes nos informábamos del mundo; ahora *somos* ese mundo.

Es evidente que las preguntas que hemos hecho no necesitan de este texto para ser formuladas. No son preguntas de este ni de otro texto; son preguntas que nos hace la vida.

A las que sólo podemos responder con nuestra vida.

Porque así como nosotros preguntamos el sentido de la vida, la vida nos pregunta: “¿Qué vas a hacer con tu vida?”

Entonces, podemos comenzar por:

Salir de nuestras ideas hechas, de nuestros prejuicios, de las divisiones en las que hacemos partes de la unidad que es la vida.

Cambiar la manera de enfocar nuestros problemas.

Renunciar a considerarnos el centro del universo.

Convivir con la realidad que nos circunda, participar.

Renunciar a la cárcel mental en la que nos refugiamos para no ver lo que está ocurriendo.

Tomar conciencia por la renuncia

La celda que nos encierra sólo se abre por dentro. La vida no puede tener sentido si cortamos la parte que creemos nuestra para vivirla a nuestro modo, en forma aislada y opuesta a la vida.

La vida cambia sustancialmente cuando aceptamos su desafío; y nuestro destino, inimaginable.

Por la renuncia participamos del ser humano, del mundo, de la vida.

Por la renuncia llegamos a la paz que no se ausenta del mundo sino que vive en el mundo, comprometida interior y exteriormente con la vida.

Por la renuncia invertimos los términos: “tomo contacto con la vida a través de mi vida” se convierte en “tomo contacto con mi vida a través de la vida”.

La renuncia nos muestra que la avidez por poseer es un instinto que nos sumerge en las cosas y hace de nosotros una cosa más.

Cuántas veces nos hemos escuchado diciendo “¡si pudiera salir de mis problemas, si pudiera dejar de pensar tanto en mí!”

Podremos lograrlo en la medida en que comprendamos que nuestro problema es el problema de la humanidad y se expresa en cada uno de nosotros como problema humano.

Podremos lograrlo en la medida en que aprendamos a considerar nuestros conflictos sólo como un punto de contacto y de apoyo para comprender a la humanidad misma.

La renuncia nos da la distancia necesaria para comprendernos y comprender.

Expandamos, entonces, nuestra noción de ser.

Para un viaje a través del cosmos el astronauta renuncia a la seguridad de su casa sobre la tierra.

Esa es la imagen de la trayectoria que hemos de recorrer.

De esa renuncia nace una mejor comprensión de nosotros mismos y de nuestro lugar en el mundo.

La renuncia nos enseña que el verdadero amor no se muestra solo en dar, sino en *darnos*, que el problema del mundo es nuestro problema, está en nosotros.

Si preferimos volver a encerrarnos, a aislarnos del mundo, a vivir nuestra vida y nuestros problemas, *no preguntemos por el sentido de la existencia*.

Si huimos del mundo y de la vida, la vida no tiene respuesta para nosotros.

Pero si renunciamos a esa cobardía mental, si renunciamos a aislarnos como entes separados y opuestos al mundo, la vida y el mundo se nos revelarán en nuestra conciencia.

Esa toma interior de conciencia abre nuevas posibilidades. La renuncia nos hace nacer al mundo interior y, sobre todo, nos enseña que la realización que buscamos es un estado más amplio que el de lograr una felicidad o plenitud personal.

Y nos hace comprender tan profundamente que tendríamos que aprender un nuevo lenguaje para expresarlo.